

Acciones, actitudes y memorias. Labor en la arqueología de protección

Luis Alberto López Wario

Resumen: El autor presenta algunas reflexiones sobre el estudio de culturas preterítas y su reconstrucción e interpretación desde la perspectiva de la arqueología mexicana. Ejemplifica los problemas que caracterizan el estudio y la protección del patrimonio nacional, relacionados con los objetivos de la disciplina y las estrategias empleadas en la recuperación y conservación. En la parte final se presentan, a manera de propuestas, algunas sugerencias que subrayan el compromiso que tiene el arqueólogo en el estudio y la difusión del patrimonio cultural.

Abstract: The author presents some reflections on the study of past cultures, their reconstruction and interpretation from the perspective of Mexican archaeology. He characterizes some of the problems which have troubled the research and protection of the national heritage. These concern mainly the lack of goals and the deficient exploration and preservation strategies. Some suggestions are given in the final part of the paper, stressing the archaeologists' responsibilities not only in the field of research but also in terms of a broader social discussion.

A mi hija Laura Emilia

Poetas, científicos e historiadores nos muestran el otro lado de las cosas, la faz escondida del lenguaje, la naturaleza o el pasado.

OCTAVIO PAZ (en *México en la obra de Octavio Paz*, FCE, México, 1937, tomo I, p. 174.)

Las imágenes

Es un árbol con ramificaciones diversas, encontradas, que en momentos intentan ahogarse unas tras otras, con raíces muy dispersas, con entrelazamientos

* ENAH-INAH

extraños y paradójicos. En ocasiones parece que es un árbol seco a punto de caer; en otras se le augura un gran desarrollo, con grandes frutos.

No. Lo que estamos observando es un ser humano, cuyos padres son muy diferentes pero que han concebido un alfeñique, muy fuerte, alto, tan bajo que puede crecer, pero está a punto de fallecer, con muchas esperanzas de sobrevivir.

Se trata de un campo de batalla lleno de cadáveres, en el que cada ejército pelea contra todos los demás, en ocasiones haciendo uniones tan fuertes como efímeras, con armas tan mortíferas que pretenden, sin lograrlo, de un solo tiro eliminar al enemigo, con banderas tan parecidas que en ocasiones se confunden y se infringen bajas a sí mismos.

Observamos una película en partes muda, en partes sonora, con mutilaciones, con censuras, en color y blanco y negro, con un guión bruscamente alterado; que se improvisa todo con planeación, con objetivos definidamente difusos; en ocasiones es drama; en otras, comedia o terror o bien ciencia ficción.

O un encuentro de religiosos donde se trata de imponer la fe al ya creyente, sobre un dios en el que no se cree, donde se habla a la vez que se grita, se susurra o calla, en que el incienso se mezcla con los fétidos olores, las luces con veladoras, rezos con oscuridad, en un proceso de congregación en el que cada uno está por su lado.

¿Qué resultaría de un experimento en el que el químico mezcle aleatoriamente las sustancias que en mucho ya vienen preparadas? En algunos momentos creará que tiene ya la piedra filosofal, el parteaguas del conocimiento, la cura de los males y la fuente de la eterna juventud. ¿Qué portentos se verán anulados al mezclarse con sustancias extrañas? ¿Qué caos se generará si todas las sustancias son resultado de mezclas anteriores y no se pueden localizar sustancias puras?

¿Cuál de todas estas imágenes corresponde con la arqueología o las arqueologías? ¿Qué es esto de la arqueología? ¿Para qué sirve, quién la desarrolla y por qué se desarrolló así? ¿Qué vendrá más adelante en esta actividad? ¿Cuáles son los factores que inciden en ella? ¿Cómo podemos estudiarla y estudiarnos?

En el juego de «intentemos construir», seguimos la parábola del arqueólogo Manuel Gándara (comunicación personal) que sostiene que más vale una vela encendida. Mantengamos la posibilidad de explicarnos y explicar el mundo de la arqueología y, desde ella, sus limitantes y problemáticas.

Intentaremos en esta exposición aproximarnos a ese mundo, para construir nuestra propia imagen.

Preguntando desde adentro

Cómo voy a creer, dijo el fulano
que el universo es una ruina
aunque lo sea
o que la muerte es el silencio
aunque lo sea.

(MARIO BENEDETTI, "Utopías", en *El amor, las mujeres y la vida*, Alfaguara, México, 1997, p. 125.)

En un antiguo y quizá ya caduco pero aún impactante texto, Franz Hole y Robert Heizer hacen una reflexión sobre el quehacer arqueológico (*Introducción a la arqueología prehistórica*, México, FCE, 1977). Sin abundar en su estrategia numérica, señalan que aproximadamente 75% de los conocimientos arqueológicos son resultado de hallazgos. El restante 25% proviene de las investigaciones científicas conocidas como inducidas.

De ser esto cierto, ¿qué se estaría expresando? ¿Será la preponderancia del azar sobre la metodología o la escasa capacidad de los profesionistas? Hay que reconocer que en gran medida en todos los procesos de investigación se presenta el hecho de buscar una respuesta y se encuentra un inesperado resultado, así como nuevas preguntas. A este proceso se le conoce como *serendipia*.

Pero es la discusión de lo científico contra lo no científico la que centra a la arqueología. Encontrada entre las aguas de las ciencias naturales y de las ciencias sociales, esta especialidad ha buscado su perfil ¿No estará el problema central en que queremos definir a esta disciplina como científica partiendo de patrones ajenos, diseñados para otras disciplinas en las cuales no cuenta el factor humano, como decía el escritor Graham Greene (*El factor humano*)?

La búsqueda insoslayable e indeclinable de la objetividad, como condición indispensable para señalar lo científico. ¿Es lógico y fructífero buscar lo objetivo como característica de lo científico en una disciplina que se precia de tratar no con objetos sino con los sujetos creadores de esos objetos?

Estamos enfrentados a explicar no procesos particulares sino sociales basados en objetos, rastros de formas de vida, es decir, seres humanos a los cuales ya únicamente se les puede preguntar a través de sus restos, de sus desperdicios.

Nuestra perspectiva, producto en mucho de nuestra forma de organización, no corresponde a las formas de organizarse de los grupos que estudiamos. Ellos tenían una forma de pensar, actuar, distribuirse, quizá compleja y siempre cambiante, pero específica. Y nuestra perspectiva está marcada por formas actuales de pensamiento, actuación y organización.

En mucho, las definiciones e interpretaciones que hacemos de los procesos sociales están permeados por esta visión. Parafraseando al historiador Paul Veyne, el dato arqueológico es contemporáneo a nosotros (Jorge Lozano, 1987). Es el resultado de una construcción actual, no existe como dato arqueológico, sino que es creado; existe un objeto resultado de formas de vida humana; si es o no materia digna de preservarse, ése es otro asunto. Su incorporación al discurso arqueológico dependerá de su recuperación en una estructura arqueológica consciente o inconsciente para los especialistas. Por esa concepción de contemporaneidad y construcción del dato, es necesario plantearse las opciones de científicidad, objetividad y potencialidad.

Se han propuesto diferentes respuestas al proceso de la historia humana. Las formas de hacerlo han variado en función de factores tanto de índole social del mundo contemporáneo del historiador, como de tipo académico interno de la disciplina.

Los principales factores «externos» a la arqueología y a la historia son de tipo político ideológico y, en segundo lugar, económico. La influencia de estos factores genera una amplia discusión sobre las posibilidades del quehacer arqueológico sin ataduras ideológicas. En el fondo se discute sobre la científicidad. En consecuencia, aquí cabe la pregunta: ¿es posible efectuar una labor científica evadiendo toda concepción del mundo?

Es decir, ya no nos planteamos si es buena o mala la influencia ideológica en el quehacer científico —discusión moral que según algunos pensadores no debería darse, pues dicen que la ética no es asunto de ciencia sino de filosofía—. La discusión se centra en si es o no posible la ciencia apolítica. A lo largo de su historia, la arqueología no ha podido separarse de una posición política. Por su carácter, no creo que lo logre, ni debería intentarse.

Esa posición política no es homogénea en el tiempo ni en todos los especialistas que la desarrollan. Entonces, la respuesta tampoco se encuentra en esos esquemas generalizadores que sostienen que todo está en función de lo económico.

Paradójicamente se ha intentado dar solución a problemas de origen externo atendiendo factores internos. Así, desafiar las nuevas investigaciones partiendo de nuevas perspectivas metodológicas es un intento; otro está en reforzar las teorías; uno más en la formación de los nuevos profesionistas. Quizá también en la integración o desintegración disciplinaria. Las tendencias varían, las posibilidades son muchas. Sea cual sea la propuesta seguida, los resultados señalan gran complejidad y dificultad por la dispersión de esfuerzos.

De este modo, cuando se quiere poner tierra de por medio entre la arqueología y la ideología, no hablamos de uniformidad ni de un acuerdo. Precisamente, la

tendencia corre hacia la superespecialización y la individualización del que-hacer.

Las preguntas que eran básicas se continúan planteando; indudablemente se intenta responderlas. Los enfoques variarán, pero preguntas identificatorias como dónde, qué, cómo, cuándo y quién se plantean aún. Más riesgosas son por qué y para qué o para quién, pues estas preguntas tienen implícita o explícita una concepción explicativa (uso como adjetivo y sustantivo esta palabra) y de revisión de perspectivas de las actividades (Nalda y Panameño, 1978; Pereyra, 1981). Permiten no sólo intentar enfrentarse a la problemática de una evidencia, por lo general fragmentaria, alterada o afectada, con limitaciones; exponen al investigador a responder no sólo sobre los otros, sino también sobre el nosotros que estudia.

El objeto de estudio no son objetos, sino el mismo sujeto visto en su proceso. La sociedad estudiándose a sí misma.

Pero no endiosemos al especialista. La palabra del gurú se vio sustituida por la del científico, quien es el sabio de la tribu, aquel que tiene el poder de decirnos la verdad. Cabe señalar que actualmente de nuevo la gran necesidad de respuestas ha generado búsquedas frenéticas en muchas personas, encaminándolas a religiones y rituales no necesariamente ortodoxos para la visión occidental.

¿Dónde está la falla? ¿En el especialista, en la disciplina, en el inasible objeto de estudio, en la sociedad no especialista que no entiende el mensaje, en el discurso?

Las posibilidades se centran en la especialización. La revisión de los planes de estudio de la ENAH, principal formadora de arqueólogos en México, señala una tendencia a construir el perfil del arqueólogo tecnificado que cuenta con amplios conocimientos para identificar su objeto de estudio concreto, así como para registrarlo rigurosamente (López Wario y Pulido, 1991). Todo ello es necesario, pero, ¿y la integración de esos datos a un discurso?

Cuántas posibilidades de respuesta tendríamos a nuestra solicitud de señalar las 10 principales fallas de la arqueología y cuántas posibilidades más en las posibles soluciones. Ya lo decían los historiadores franceses: tendremos problemas en definir *qué* es un hecho histórico y en el *cómo* se definió, pero más habrá cuando discutamos sobre *por qué* se presentó tal hecho y sus consecuencias e interacciones (Lozano, 1987).

Aquí mencionamos el problema de la explicación en general y de la causal en particular. Con ello recordemos el viejo y vigente ejemplo de Edward H. Carr sobre el fumador, la publicidad, el conductor, el auto, el mecánico, el municipio

y la iluminación (Carr, 1986). Hablamos del conjunto de responsabilidades compartidas que desencadenan un hecho determinado. Sigamos en esta discusión al historiador Carlos Pereyra, quien enfrenta el estudio de los hechos históricos como una realidad en proceso, con gran dinámica y complejidad, multifactorial y con jerarquías cambiantes en dichos factores (Pereyra, 1984).

Una salida que se ha propuesto es la tecnología, el uso de computadoras y posicionadores, de taquímetros electrónicos y de todo aquello que originalmente planteó una escuela de pensamiento que sostiene que arqueología es ciencia si y sólo si cuenta con tecnología y se acerca a procedimientos que utilizan los químicos, los físicos o los matemáticos. Con ello, los seres humanos pueden ser medidos en estadísticas, en parámetros totalmente mensurables para poder asirlos y que no se nos escapen (Brothwell y Higgs, 1980).

Intentemos un ejercicio: además de la problemática hasta ahora señalada, agréguese una legislación patrimonialista, tal como la mexicana desde el siglo pasado. Así, tenemos que no sólo debe explicarse con certeza ese patrimonio, sino que debe evitarse que se pierda, que se destruya, que se altere.

Ese patrimonio es un universo *no* conocido, disperso, diverso, complejo. Nos enfrentamos a un todo que se calcula que rebasa los 230 000 sitios arqueológicos, considerando para ello desde la evidencia de una ocupación estacional hasta aquellos sitios con rasgos de alta complejidad (*Arqueología Mexicana*, 1996). La legislación y los avances académicos chocan con los intereses económicos y políticos de los inversionistas, de los políticos en turno y de los mismos arqueólogos.

No existe una relación desinteresada hacia la preservación física del patrimonio. Las necesidades de contar con satisfactores se enfrentan a la protección *in situ* de los vestigios. La discusión se centra entonces en qué preservar físicamente y qué no. ¿Cuáles son los criterios? La respuesta obvia lleva a enfrentar los intereses que deberían ser asumidos.

No hay otra posibilidad: se debe reconocer que la memoria en la materia se preserva no sólo en las mentes y en los restos, sino, y principalmente, en las actitudes. Ábrase el juego. Las metáforas del árbol, de los ejércitos que se enfrentan, del experimento químico, etcétera, tienen todas algo de razón.

La importancia de las preguntas radica en su estructuración, en las opciones de respuesta que sean creadas, en las perspectivas de las mismas posibles soluciones y en los mecanismos que se desarrollen para enfrentar las problemáticas sobre qué es lo que queremos de esta disciplina social que se dirige al estudio de la materia, buscando su permanencia y la explicación de los procesos sociales que la generaron.

Pero, ¿es posible recuperar toda la información de las actividades humanas? El arqueólogo norteamericano Michael B. Schiffer ha escrito mucho y ha elaborado importantes conceptos sobre la permanencia física de la información (*behavioral archaeology*). Con certeza podemos reflexionar sobre las condiciones naturales que impiden que un vestigio se conserve en su totalidad, que llegue íntegro a nuestras manos. Pero debemos señalar que son las actividades humanas las que más inciden en la preservación o no de los vestigios arqueológicos. Esta distinción que Schiffer nos adelanta, debe ser considerada para controlar las variables que afectan la permanencia de los restos.

Así, en la preservación del dato y del objeto arqueológicos se deben considerar las condiciones geográficas, los montos de las aportaciones financieras, las capacidades técnicas del especialista, los usos y tenencias del suelo, las determinaciones institucionales, sean o no sexenales, la relevancia del estudio para la población local, la integración y divulgación de la información, la estructuración y coherencia de los planteamientos, los criterios de investigación, selección y jerarquización de variables, los sistemas y plazos de construcción de una obra así como las áreas que afectará, entre varias más (Carballal y López Wario, 1987).

Hasta aquí se ha hecho referencia a la permanencia física de los restos arqueológicos, pero habrá que considerar también si la materia refleja la totalidad de la actividad humana. ¿Todas nuestras labores, toda nuestra vida queda reflejada en su totalidad en la materia?

¿Esta totalidad implica las distintas etapas de nuestra vida, los pensamientos, incluso nuestros descansos? ¿En todo momento el ser humano reposa sus actividades en piedra, barro, vidrio, hueso, metal, etcétera? ¿Esta materia preservaría la tecnología, las formas de organizarse, de pensar, la dieta, las relaciones con los animales y la vegetación?

La discusión se centra en si el registro arqueológico permite o no contar con la totalidad de las formas humanas de vida. El hecho de que se argumente que no es posible está quizá en función de la carencia de instrumentos teóricos y metodológicos suficientes para estudiar los rasgos arqueológicos. O será quizá la deficiente o no usada tecnología lo que limita nuestro registro y recuperación, propiciando la pérdida de materiales y datos.

Esta reflexión tiene una arista más. El registro está incompleto porque el investigador no recupera su totalidad. Pero, ¿qué es el todo que se debe registrar? Además, ¿cuáles de todas estas actividades son importantes para entender a la sociedad humana?

En toda investigación se da una selección de aquellos elementos que en su momento serán las variables que hay que considerar en el proceso (Pereyra, 1984).

Las formas específicas de su control varían dependiendo de las características físicas del elemento, de la habilidad del estudioso, así como de su relevancia y valor de interrelación e incorporación en el todo de la investigación.

Las variables están sujetas a las necesidades de la investigación, por lo que es necesario establecer el criterio de selección de los elementos que se intenta recuperar. De nuevo aquí se vuelve importante lo que líneas arriba se señalaba: la construcción de los datos es contemporánea; lo que preexiste es la evidencia material.

Este panorama se debe observar desde la lógica institucional de la preservación del patrimonio arqueológico. Por ley, el patrimonio arqueológico nacional es un ente tan amplio como todo aquello que hayan elaborado los grupos humanos, la flora y la fauna relacionada con ellos y hasta los propios restos de esos que habitaron nuestro actual territorio nacional hasta el establecimiento de los grupos hispanos. ¡Nada más ello! ¿Es posible proteger todo? (Ley Federal sobre Zonas y Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos, 1972).

Usted enciende la luz en su casa, toma una cerveza fría del refrigerador, se transporta en metro o en auto, viaja a una playa, asiste a una iglesia o acude a un banco, en casi todos los lugares en que usted se encuentre o por las vías en que se transporte, o a través del proceso con que se genera la energía que utiliza o los productos que consume, por todo ello el patrimonio se ve en peligro de afectación o alteración.

Por el uso intensivo que se dio durante siglos en diferentes momentos al territorio hoy mexicano, por su muy variada cronología y tipo de evidencias, y principalmente por el uso desmedido, irrefrenable y desordenado de espacios, es que las evidencias de ocupaciones de ocupaciones previas corren el peligro de su alteración y destrucción física.

El problema no radica en las estrategias utilizadas para proteger el patrimonio. Gran parte del condicionamiento está en la diversidad de las características ya referidas, pero, principalmente, está en el tipo de obra. La multiplicidad de objetivos financieros, sociales y políticos en conjunción (en ocasiones contraponiéndose) con los sistemas de construcción, en gran medida determinan el qué hacer para la preservación física de los restos arqueológicos.

El arqueólogo que hace labores de salvamento o de protección no determina el dónde, ni el cuándo, pero sí el cómo, con qué, para qué y por qué.

La atención a obras mayores es amplia. Proyectos carreteros, presas hidroeléctricas o hidroagrícolas, gasoductos, líneas del metro, entre otros, difícilmente pasan desapercibidos, ya sea por su magnitud o por la tendencia de nuestros gobernantes a propalar sus triunfos antes de inaugurar las obras, promovién-

dose por todos los medios. Más extraños son los casos en los que solicitan las autorizaciones de obra del INAH.

Este tipo de arqueología no puede limitarse, por definición, a un tipo de vestigio, cronología o área. La arqueología monumental está acorde con una perspectiva académica y política. La necesidad de redimensionar el presente y el futuro obligan a rescatar los rasgos y evidencias del pasado. No me refiero a lo material, sino a que esa cultura material haga referencia a la grandeza o pequeñez que desde nuestro presente le adjudicamos.

Precisemos. Mientras que tradicionalmente la arqueología se ha ocupado de sitios monumentales en áreas centrales y de cronología prehispánica, la arqueología de salvamento o protección tiene que cubrir el espectro nacional sin privilegiar el tipo o características de los vestigios ni sus cronologías, pues debe estudiar desde asentamientos mexica hasta botellas de refresco de los más recientes años, por ejemplo. También es necesario reconocer que si no se proyectan obras, en algunas áreas no se podría haber realizado un estudio arqueológico que permita conocer las características de las ocupaciones humanas.

Desde una amplia perspectiva legal y técnica se puede afirmar que esta arqueología ha cumplido, pues el sentido patrimonialista señala que se debe evitar la pérdida física de los objetos arqueológicos. Su integración a un discurso y el qué se obtiene de ello es otro asunto. La recuperación y la salvaguarda, así sea embodegando o exhibiendo las piezas, también se han cumplido.

Se pueden plantear preguntas a esta tendencia, pero éstas serían sólo de la incumbencia y responsabilidad de los arqueólogos que realizan esas labores, o de los arqueólogos en general. En cambio, es responsabilidad de la sociedad en general preguntarse sobre las expectativas del quehacer de generar conocimientos del pasado. El arqueólogo K. C. Chang dice que si alguien tiene la culpa sobre la mala o nula información que sobre la arqueología tiene el público en general, ésa está en los especialistas, que no sabemos o no queremos dar a conocer nuestras actividades (Chang, 1976). Agregaría que es necesario saber qué se espera de nosotros, poder decir lo que tenemos para ofrecer y según qué procedimientos. Resolver el qué y el cómo, pero principalmente el para qué se realiza esta labor.

Construir puentes

Yo no quise escribir una obra objetiva. Ni quise ni podría. Nada tiene de neutral este relato de la historia. Incapaz de distancia, tomo partido: lo confieso y no me arrepiento. Sin embargo, cada fragmento de este vasto mosaico se

apoya sobre una sólida base documental. Cuanto aquí cuento, ha ocurrido; aunque yo lo cuento a mi modo y manera.

(EDUARDO GALEANO, *Memoria del fuego*, 10ª edición, Siglo XXI Editores, México, 1986, tomo I, p. XV.)

Lamentablemente, el discurso ha amoldado los vestigios. Ante la disyuntiva muchos optan por desgracia en salvar la teoría. Esta perspectiva no implica falsear la actividad consciente y alevosamente, sino privilegiar y jerarquizar aquello que refuerza lo que se desea sostener.

Es muy común generalizar en todos los aspectos de la vida. A partir de un rasgo, de una evidencia, se elabora una visión y una actitud hacia un todo. Así, considerar que sólo existen dos tradiciones del pensamiento arqueológico (la marginal y la rectora), es equivalente a la visión del viejo oeste gringo: los buenos nosotros y los malos ellos (Crespo, 1996; Lorenzo, 1981). Esas posiciones son intercambiables dependiendo del poder o la tribuna que se tenga. En ocasiones uno mismo se llega a considerar más predicador que estudioso. Visiones como éstas logran paralizar o polarizar las actividades.

Considero necesario que en la arqueología se continúe y profundice la discusión académica, pero también tiene que aportar respuestas y acciones. Como dice el escritor Salman Rushdie, a través de sus personajes en el libro *Harún y el mar de las Historias*: “Pero pero pero... —dijo Butt— ¿y no es el Poder de la Palabra el mayor de todos? Entonces debe ejercitarse plenamente [...] Pero no es tan sencillo, se dijo Harún, porque... la Acción podía ser tan notable como la Palabra” (Rushdie, 1994).

Haré algunas consideraciones generales para hacer explícita mi posición. La arqueología tiene una fuerte carga política y una concepción teórica, estén o no explicitados, conscientes y estructurados ambos factores.

No podemos hablar de posiciones uniformes, homogéneas, puras y sustituibles unas por otras. Se mezclan, no existen escuelas de pensamiento que sean eliminadas en su totalidad.

En síntesis, tenemos que hablar en plural de la arqueología. Las concepciones tienen un reflejo concreto en los hechos de los arqueólogos. Es decir, tal como los arqueólogos revisan los restos de comunidades extintas para conocerlas, igual se puede hacer con los temas, áreas, estrategias y argumentaciones seguidas por ellos en la historia del conocimiento.

En rápido vuelo podemos establecer que en la corta y fructífera historia de la arqueología, el discurso académico ha transcurrido de un nivel macro a un nivel micro sin eliminarlo totalmente; pasó de los estudios de grandes sitios a los de

área de actividad; de plazas y grandes monumentos a pisos y muestras; en el plano teórico se ha pasado de las identificaciones a las explicaciones y en México se ha fortalecido el aparato administrativo que por ley se encarga de estas labores. No con ello se puede decir que la disciplina se ha visto incrementada o ha ampliado sus posibilidades, o que se hayan cumplido todos los objetivos.

Aun en un plano incipiente, escaso y aislado se vienen desarrollando las relevantes reflexiones sobre el quehacer del arqueólogo. Sobresalen los balances hechos en México por los arqueólogos Juan Yadeun, Manuel Gándara, Román Piña Chan, Enrique Nalda, Eduardo Matos, Alejandro Martínez, Carlos Navarrete, Linda Manzanilla, Ignacio Bernal y Jaime Litvak. Estas reflexiones permiten entender que con la arqueología se estudian procesos de vida del ser humano y que las perspectivas con las que se estudian dichos procesos también están en constante cambio. Lo que sostenían Gamio y Batres no es lo mismo que sostienen Piña Chan, Manzanilla, Navarrete, Fournier o Matos, o cualquiera de nuestros arqueólogos contemporáneos.

Esas reflexiones ponen el acento en diversos aspectos: teoría, áreas geográficas, temas, estrategias. Insisto en que se debe poner el acento en la persona que realiza la investigación para entender sus aportaciones y la aceptación de su discurso; es decir, no sólo el mundo de la arqueología y el contexto en que desarrolla la integración. Los valores del estudioso cuentan mucho, en grado mucho mayor del que se le ha querido reconocer y otorgar.

Se puede considerar así el patrimonio arqueológico no sólo sujeto a presiones de tenencia de la tierra, de uso de suelo, reutilización del espacio, saqueo, intereses políticos encontrados, sino también recuperar el papel que tiene el que hace las labores de protección, sin endiosarlo. Es necesario, por tanto, definir las condiciones políticas y sociales específicas en que se desarrolla una investigación.

Como parte de ese peso y responsabilidad, se debe evitar que el profesionalista sea el destructor del vestigio, pues el no registrar las evidencias de su entorno hace que se pierda el dato, aunque el objeto se conserve. De la misma manera, es una destrucción del patrimonio el no escribir y dar a conocer los resultados.

Otro aspecto de importancia se encuentra en un ente que debería estar extinguido: el arqueólogo que puede ser llamado Atila, aquel que, en su afán de trascender, limita, y que donde pone su capacidad nadie más puede ponerla, pues conserva los datos y no permite que nadie se aproxime a su área.

Para adentrarnos en las formas de actuar de los arqueólogos, mencionemos algunos rasgos más. Independientemente de la posición teórica, de la definición política, los ideales y demás valores académicos, morales y sociales, los arqueólogos utilizan dos estrategias básicas: la espacialidad y la ubicación cronológica. La

búsqueda de definición sincrónica y diacrónica es fundamental para iniciar la explicación de los procesos humanos.

Gran parte de los no arqueólogos y algunos de ellos creen que el registro arqueológico automáticamente permite definir la totalidad de las actividades. Este concepto es conocido como premisa Pompeya. Debemos señalar que esta situación se presenta muy escasamente, pues lo más común es que los contextos sean secundarios y no reflejen las actividades como si fueran fotografías. El abandono o reuso de espacios es constante en la vida humana, por lo que las superposiciones frecuentemente han alterado las ocupaciones previas.

En mucho estas apreciaciones se complementan entendiendo erróneamente a la historia de la arqueología como un desarrollo hacia el proceso, basado en descubrimientos, avances técnicos y acumulación de información, desde la perspectiva de confirmar que la historia es universal. Esa visión de la historia de la arqueología hace referencia a la concepción general de la historia de la humanidad, viéndose como si la humanidad fuera un ser biológico (Litvak King, 1986).

Por fin, la introducción

Te sobrevive todo.
Todo existe a pesar
de tu muerte.

(JAIME SABINES, *Antología política*, FCE, México, 1996 p. 367.)

Debemos considerar los vestigios arqueológicos como recurso no renovable, cada que se altera un contexto se perdió un dato; cada saqueo es una destrucción; cada reporte no escrito o cada parcelación de las áreas o temas de interés es un daño al patrimonio. Evitemos que nuestra visión parcial y fotográfica de algo nos inspire generalizaciones que en mucho son paradójicamente reductivas y parcelarias.

Un compromiso consiste en la formación de los futuros especialistas. Que los enfoques docentes plasmados en los planes de estudio sean explícitos en cuanto a las tendencias, que éstas tengan su correspondencia en los procesos didácticos y que se establezcan tras entender que en las condiciones actuales y con esta legislación, esa labor no está aislada de las áreas que desarrollan las investigaciones de manera institucional.

Es posible que en un futuro cercano la arqueología se vea restringida en sus posibilidades de actuación. Una posibilidad muy fuerte está en la llamada arqueología de protección, por lo que esta área se debe reforzar enfatizando sus

aspectos nominativos, fortaleciendo sus fundamentos teóricos y metodológicos, y formalizando su operatividad.

Si se permite el juego de palabras, no debemos buscar uniformar ni limitarnos a informar, lo cual es socialmente bien visto; se debe recalcar el objetivo formar. Como decía Mao: si le das un pescado a un hombre, come un día; si le enseñas a pescar, comerá siempre (Mao Tse Tung, *Cinco tesis filosóficas*).

Busquemos que el privilegio de la sensibilidad política sobre la ley y la técnica no provoque más intromisiones de tantos intereses, algunos de ellos agazapados.

Es necesario que el incremento de burocracia o que la deficiente organización para laborar no sea un problema o que se dependa de las autoridades para resolver todo; la solución es un compromiso general. El concepto de la autoridad como padre debe ser superado. El síndrome de las justificaciones ataca indiscriminadamente y la culpa siempre está en otro lado ¿Ello ayuda a crecer? La distribución de recursos deberá estar en función de objetivos académicos, con su inevitable carga política, pero no en función de las presiones o relaciones. Quizá suena muy eficientista, pero en esta eficacia deberán pesar los resultados precisamente porque la arqueología está en el punto del no retorno. Se requieren respuestas y aportaciones.

No considero que la superespecialización sea la salida. La arqueología por sí misma es ya una especialización en el campo del conocimiento general. Esa especialización está impuesta por los materiales específicos que trabaja y por las técnicas necesarias para el análisis. Pero la teoría, los objetivos y la metodología son comunes a otros campos de estudio.

El que dentro de la arqueología me especialice en cerámica y en ella en tal fase o tal tipo no es la respuesta. En todo caso, sabré más de menos. De cualquier forma, se insiste que no hablamos de arquitectura, cerámica, piedras. Hablamos de gente como cualquiera de nosotros.

Estos análisis están en función de lecturas diferentes que pueden provocar resultados contrapuestos ¿Cuál es el bueno? ¿Cuál es la lectura errónea? Es muy común el recurso a la autoridad, a aquel que utiliza palabras que me refuerzan o confrontan, de tal manera que sigo y cito. La disputa por el pasado no tiene sentido en una perspectiva que intenta imponerse a los demás. El poder que da el conocimiento es efímero y, de origen, superable.

Reconocer que para muchos no es importante la arqueología, sino, en todo caso, el patrimonio y el pasado, pero, la mayor parte de las veces su relevancia radica en el control de los conocimientos sobre los procesos de larga duración que se generan con los estudios históricos. El uso del discurso no es una novedad,

pero en épocas de cambio convulso y complejo es, al menos, peligroso, sea cual sea el objetivo social, político, legal o económico que se persigue (Nalda y Pana-meño, 1978).

Considerar relevante el qué se espera de los arqueólogos por parte de los no arqueólogos. ¿Que recuperemos piezas, que les digamos la verdad sobre el pasado, que construyamos explicaciones? ¿Y si podemos ofrecer algo más?

La búsqueda de lo más antiguo, lo más grande, lo único, se infiltró en el discurso histórico desde hace mucho tiempo. Es común el uso de superlativos, la descalificación por lo general *a priori*, el olvidarse de que las concepciones son históricas en el doble sentido de la palabra, pues paradójicamente cambian y permanecen.

Sin embargo, esos discursos han hecho posible la generación de estudios sobre el pasado. Pero el pasado ya no lo podemos cambiar, aunque se quiera. Se puede construir un discurso desde el presente para el futuro. Ése es el meollo del problema. Insisto. Existe un solo pasado, pero las interpretaciones pueden ser muchas, y su fin no siempre es explícito.

Las posiciones que desde este convulso y complejo presente nos plantea lo remoto de las explicaciones, o las formalizaciones matemáticas como opción, o quizá la discusión sobre el caos como comportamiento natural, o bien la mezcla de todo ello, genera la pregunta de si el problema no radicará en que el ordenamiento de la naturaleza y las formas de organizarse de las sociedades humanas nos son todavía no totalmente comprensibles. Es decir, ¿no será la incapacidad del estudioso y no el caos natural? Insistamos en que por fortuna la realidad es más grande y persistente que los patrones de investigación de los especialistas.

Busquemos entonces fortalecer las formas diferentes de explicar, las formas diversas de plantearnos el quehacer, para que generen alternativas para nuestro presente. Ello no implica que se apoye indiscriminadamente toda propuesta, desde el principio de «todo vale». En ello es básico que se definan y apliquen criterios académicos muy firmes. Apoyar investigaciones concretas y coherentes y no panfletos disfrazados de proyectos ni propuestas deshilvanadas.

Promovamos la política de investigación que privilegie la prevención más que la curación, que se defina dicha política a partir de un balance general de las transformaciones internas, aportaciones y fallas de la arqueología, que se erradique la improvisación y la carencia de estrategias, que se impulse la definición y cumplimiento de prioridades explícitas, conscientes y asumidas, que se eliminen las inercias institucionales y personales, que se acabe la actuación con el principio de la inmediatez, que se entiendan y promuevan las diferencias, aunque eso reste poderes y autoridades seudointelectuales y burocráticas.

Para finalizar, quiero recuperar algo que escribí para otro foro académico, en condiciones personales dolorosas. Creo que aún está vigente lo que expresé en agosto de 1996 (López Wario, 1996).

Enfaticemos la divulgación de lo que resulta de nuestro trabajo, con mayor calidad, más plural, con palabras más sencillas y en más espacios. Después de todo, los llamados olmecas, los teotihuacanos, chichimecas, mayas, etcétera, ya vivieron y a pesar de nuestras disputas y diferencias, son traídos a nuestro momento para un futuro en condiciones muchas veces no óptimas. Podemos decir: ¡qué bueno que siempre estaremos en construcción!

Aprender de ellos ha sido siempre el objetivo, y no el conocerlos para tener el placer de saber más. Aprendamos de las soluciones que se plantearon y se dieron. Las vidas tienen sentido si no se incurre en los mismos errores. No creo que todo tiempo pasado fue mejor. Simplemente no quiero que el maltrecho tiempo presente y el esperado futuro sean peores.

En síntesis, puedo desear que la arqueología salga de su nicho y se expanda, pensar que se pueden generar discusiones y críticas, soñar que se puede apoyar lo que no es como yo quiero, que se puede proteger para evitar pérdidas, que se pueden proponer explicaciones sociales, que la arqueología puede aportar algo para que este compromiso colectivo sirva para entender qué queremos, qué hacemos, es decir, resaltar el aspecto humano de esta actividad, lograr lo que nos propone el arqueólogo Román Piña Chan: que nos pongamos a "pelear, escribir y criticar dentro de tu esfera de acción", pues "no es posible que nada más quede aislado de su sujeto de estudio y se olvide de la realidad inmediata en la que está", ya que "la arqueología sirve para echar un puente entre el pasado y el presente" (entrevista en video, DSA, 1996) y, asimismo, para que no ocurra, no siga ocurriendo, como dice María Zambrano: "Nada hay que degrade humille más al ser humano que el ser movido sin saber por qué, sin saber por quién, el ser movido desde fuera de sí mismo" (*La Jornada*, 1996).

Bibliografía

Arqueología Mexicana

1996 Número 2, Editorial Raíces/INAH, México.

Brothwell, Don R., y Eric Higgs

1980 *Ciencia en arqueología*, FCE, México.

Carballal, M., y Alberto López Wario

1987 *Salvamento arqueológico. Balances y perspectivas*, en prensa.

- Carr, Edward
1986 ¿*Qué es la historia?*, Planeta-Seix Barral, pp. 140-191.
- Chang, K. C.
1976 *Nuevas perspectivas en arqueología*, Alianza Editorial, Barcelona.
- Crespo, Ana María, et al.
1996 *Arqueología, realidades, imaginaciones*, DII-IAI, México.
- Ley Federal...
1972 “Ley Federal sobre Zonas y Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos”, *Diario Oficial de la Federación*, julio.
- Litvak King, Jaime
1986 *Todas las piedras tienen 2000 años*, Trillas, México
- López Wario, Luis Alberto, y Salvador Pulido Méndez
1991 “Forjando arqueólogos. Planes de estudio de arqueología en la ENAH. 1941-1991”, *Cuicuilco*, 26, pp. 83-96.
1996 “Una percepción no muy fundamentada pero sí muy personal”, ponencia inédita presentada en el Primer Simposio “La arqueología al final del milenio”, ENAH.
- Lorenzo, José Luis
1981 “Arqueología al sur del Río Bravo”, S. O. S.
- Lozano, Jorge
1987 *El discurso histórico*, Alianza Editorial, Barcelona.
- Nalda, Enrique, y R. Panameño
1978 “Arqueología para quién”, *Nueva Antropología*, número 12.
- Pereyra, Carlos, et al.
1981 *Historia ¿para qué?*, Siglo XXI Editores, México.
1984 *El sujeto de la historia*, Alianza Editorial, Barcelona.
- Rushdie, Salman
1994 *Harún y el mar de las historias*, Seix Parral, Barcelona.